

N-12

FV

# astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA • 8.zk 2014 • 5€

# MÁS QUE UN BAR


# PARRA

## taberna

CIEN AÑOS EN GRATA COMPAÑÍA

**CON OCHO AÑOS** él y su prima Itziar recogían en cucullas las pesetas que caían del mostrador bajo los palés de la barra del bar. Se las quedaban, por supuesto, y salían *echando pipas* a comprarlas al kiosko de Tribuli. 40 años después y desde hace 26, Txaber Igarza regenta Parra taberna, referencia obligada en la vida social de Elorrio, un local emblemático que ha sabido hacer frente a las adversidades, adaptarse a los tiempos y convertirse en mucho más que un bar.

 Karlos Eriz

 Alejandro Landaburu, Jon Roman, Agustín Álvarez,  
Karlos Eriz, Julián Mendizabal,  
Txelu Angoitia y Familia Igarza





Plaza de Elorrio a principios del siglo XX.

Nuestro pueblo no es Macondo, ni los Igarza los Buendía, pero la historia de esta familia enraizada a La Parra tiene ingredientes como para redactar una gran novela. *Cien años en grata compañía*. Realismo mágico, fantasía, metáfora e hipérbole entre estas cuatro viejas paredes.

El palacio de Urkizu se construyó entre los siglos XVI y XVII. Elorrio era una pequeña aldea amurallada pero habían cesado ya las luchas banderizas y comenzaba a expandirse por sus arrabales. Era tan bonita la casa que a su lado se construiría el Ayuntamiento y se planificaría la plaza. De estilo neoclásico, su fachada y su imponente mirador hacen de él uno de los edificios más singulares de Elorrio.

A finales del siglo XIX, el éxito curativo de las aguas del balneario de Belerín atraía a Elorrio a familias afortunadas de todo el Estado. Cuando de Belerín colgaba

el cartel de completo, mucha de aquella gente rica y enfermiza se alojaba en la fonda. En su fachada un letrero anunciaba *Café, Vino y Licores*. Después sustituirían el rótulo por el de *Bar Central*.

A principios del siglo XX su propietaria era Marcelina Aldapeurrutia, -soltera y sin familia- que, en su lecho de muerte, donó el palacio a la iglesia. Todo hace pensar que el cura conminara a la agónica Marcelina a asentir con la cabeza, antes de que exhalara el último suspiro. Permutó palacio por parcela en el cielo. Y fue así como en 1928 Bernardino Igarza compraría la casa a la iglesia de Elorrio, a la sazón propietaria del inmueble.

En Macondo, *Petra Cotes* simbolizaba la fecundidad y *Úrsula Iguarán* era la gran matriarca de la familia. En Elorrio, Dorotea Zubiate parió once hijos de Bernardino. Tres murieron siendo muy críos, uno de ellos de



 Bernardino Igarza

insolación. Quedaron cuatro chicas y cuatro chicos en casa. Hoy sólo viven las cuatro hermanas. Mari, Carmen, Juli y Mariasun, que siguen gozando de una salud y una memoria envidiables." *No sé si será porque nos hemos cuidado más que ellos, pero aquellos vivieron el doble que nosotras*", dice Carmen sonriente.

En 1932 Bernardino pudo instalar la estructura y plantar la parra que, a partir de entonces, daría nombre al establecimiento. Llevaba años solicitando el permiso pero siempre se lo denegaron. Tuvo que llegar la República para que el Ayuntamiento del que él era concejal aprobase su instalación. En los comicios de 1931 José Cortazar, un chaval de siete años, sacó la papeleta que otorgaba la alcaldía a la lista republicana, tras el empate a votos con la derecha monárquica.

Las hermanas Igarza recuerdan al padre como un "salau-salau y muy trabajador. Al principio solía ir a



 Dorotea Zubiate

*la Rioja con bueyes para traer el vino. Eran viajes de muchos días y no exentos de peligro. Cuando, por fin, comenzó a traerlo en camión, Bernardino bromeaba diciendo que a su llegada al pueblo le daba la bienvenida la banda municipal*", que no existía, para referirse a dos amigos, uno trompeta y otro tamborilero, ansiosos, suponemos, de catar la nueva cosecha.

Mari y Carmen coinciden en señalar que "en el bar se trabajaba mucho". Se preparaban limonadas y sifones durante todo el año y, en temporada, Bernardino hacía sidra en la parte trasera del bar. "Limpiábamos un montón de botellas que se recogían en los camarotes de todo el pueblo. Había que tenerlas a remojo, en agua con sosa, para limpiarlas bien".

En los años 50 sólo se *txikiteaba* los domingos. El *pote* habitual era el mezclado; un vaso de vino blanco con un poquito de mistela, o rancio y un par de galletas.

De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Floren, Patxi Igarza, Txutxi Basterretxea, Desconocido, Juli Igarza, Niña, Mariasun Igarza, Zezilio Igarza, Carmen Igarza y Bego Kortazar



De izquierda a derecha: Juli Igarza, Mari Angeles Pildain, Elisabet (arriba), Purita Pildain, Carmen Igarza y sujetando el carro, "Basail".

*“Los domingos por la tarde, a tomar café, no faltaba nadie. Toda la barra estaba llena de gente con su café. Entonces en las casas no se bebía café como ahora. ¿Las copas? Veterano, Soberano, algún anís y ron Negro, que sólo lo pedía uno al que llamaban ‘Canelo’.*

Entre semana la clientela era escasa, pero siempre había algún viajante que, maleta en mano, llegaba en autobús al pueblo y se quedaba un par de días. *“No es como ahora que todos tienen coche y vienen y se van.”*

Pablo, el hijo mayor de Bernardino, trabajó casi siempre en el bar. Cumplió el servicio militar en Donostia durante seis años. Tardó tanto tiempo en licenciarse que acabó perdiendo hasta la novia. Allí se convirtió en acérrimo *hooligan* de la Real Sociedad y allí adoptó el mote de *Terán*, un fornido jugador *realista* de aquella época. Era tan forofo que compró la primera televisión para el bar cuando supo que iban a retransmitir un partido del equipo blanquiazul. Tras aquel partido, siempre que emitían fútbol, *Terán* apilaba montoncitos de dos reales detrás de la barra –lo que valía el *txikito*– y según llegaban los clientes conflictivos o molestos, iba sacando las perras, las repartía y les invitaba a que se fuesen a beber a otro bar, sin quitar ojo de la “caja tonta”.

Cecilio y Patxi, los hermanos que le seguían a la zaga, trabajaban en la serrería que el padre tenía justo al lado de la estación del tren. Era un lugar privilegiado que le permitía facturar la madera sin transportes previos. Y la madera que no salía en tren saldría en el autobús de La Vergaresa, desde la misma plaza. Bernardino mantenía una estrecha relación con Quintín, el ‘picador’ del autobús, al que agasajaba en el bar por buen amigo y a cambio, también, de aquellos favores logísticos.

Carmen habla con cariño de su hermano, pero no puede evitar una sonrisa pícaro: *“¡Patxi hacía tremendas. Fijate, en aquellos años, coger el coche e irse un fin de semana a Madrid!”*. Iñaki *Jakoba*, sobrino de Patxi, recuerda bien aquel bólido. *“Lo llamaban el coche fantasma de lo que corría. En menos de cuatro horas se plantaban en Madrid, fuese un partido del Athletic o una corrida de toros”*.

El coche, un *Ford 25 caballos* descapotable, se lo compró Patxi a la aristocrática familia Modet. Era un biplaza con un gran maletero al que llamaban ‘*Ahí te pudras*’ porque era lo suficientemente amplio como para que cupiesen bien Pablo Ziarsolo ‘*Herrerito*’ bien Eloy Abadía ‘*Cagantxo*’ cada vez que partían de *chuffa*. En cierta ocasión, repostando en la gasolinera de Elorrio, *Herrerito* salió de un salto de aquel maletero y, del susto, el empleado que surtía el combustible soltó la manguera y ésta, como víbora acorralada, comenzó a escupir petróleo a diestro y siniestro. El percance dio mucho juego en los mentideros del pueblo.



 Eloi Abadía “Cagantxo”









De izquierda a derecha: Carmen, Mariasun y Mari Igarza, Maite Población, dos primas de la familia Pildain, Mari Angeles Pildain y desconocida

En fiestas, Patxi y Cecilio organizaban corridas de toros en San Roque, justo en el terreno que después ocupó el cuartel de la Guardia Civil y que hoy, afortunadamente, es de verdad una zona verde. Levantaban la plaza con el material y los obreros de la serrería del padre. Los toreros, que venían expresamente desde Madrid, se hospedaban en La Parra. Un año, tras la faena, la cena y la juega, los tres toreros subieron a las habitaciones asignadas en La Parra pero vieron que estaban ocupadas, cerradas a cal y canto. Los Tximista, -una de las cuadrillas más golfas del pueblo y de la que Patxi y Cecilio eran miembros honorarios- habían ocupado las habitaciones y roncaban como lirones. Los hermanos, obviamente, tenían las llaves y ejercieron de anfitriones.



Los toreros salieron en busca de algún otro sitio para dormir. En *Bedrines* -así se conocía el bar Frontón- les aconsejaron que preguntasen en la casa de *Perdido* -el apodo de los Lejarazu- que solía tener camas libres. Los toreros, asustados, pensaron que efectivamente ya les daban por perdidos. Finalmente entraron en la casa y uno de los toreros exclamó agradecido “¡Ay, mi arma!” a lo que el dueño de las habitaciones le respondió “Sar hadi beldur barik, hemen etzok armiarmarik eta!! (entra tranquilo que aquí no hay arañas)”. Durmieron plácidamente.



Bernardino, Dorotea y parte de la familia en el palco principal.

Cuando estalló la guerra, Mari recuerda que “*aprendimos a correr como jabatos. Cada vez que sonaban las campanas o las sirenas de alarma corríamos hasta la iglesia, que era refugio y almacén de intendencia de los milicianos. Había comida y otros suministros y los santos, la virgen y demás imágenes estaban tapadas con mantas y sábanas*”.

Tras la caída de Irún, ya en el frente de los Intxorta, muchos milicianos y refugiados llegaron a Elorrio. El bando republicano ocupó literalmente La Parra. En el comedor del primer piso instalaron el cuartel general de la UHP, el batallón de las juventudes socialistas unificadas, conformado por muchos vecinos de Bergara y Oñate. En el pequeño comedor del bar estaban el teléfono y la radio

y lo utilizaban como oficina. El bar estaba lleno de forraje para los caballos. A la familia Igarza le dejaron tres habitaciones; una para los padres, otra para las chicas y otra para los chicos. En el resto de las habitaciones se instalaron varios refugiados, alguno de ellos herido.

Mari recuerda al miliciano que daba las órdenes. *“Era bajito y la pistola le llegaba hasta la rodilla, nos hacía mucha gracia”* dice Mari entre risas. *“Era muy simpático y se portó bien. Respetó una imagen religiosa que mi madre tenía guardada”*. No sabemos si el destacado dirigente del Partido Comunista de Euskadi Eustasio ‘Tacho’ Amilibia era bajito y llevaba pistola, pero todo hace indicar que así sería, ya que estuvo en Elorrio cuando el frente se estabilizó en los Intxorta durante siete meses.

Cuando acabó la guerra, empezó otra. El racionamiento, el boicot, los fascistas italianos y los requetés. La Parra tuvo que atender también a las tropas franquistas. *“Gracias al caserío teníamos qué comer, porque aquí no entraba ni salía nada de nada. Fueron tiempos muy duros”*.

En la posguerra los hombres hacían instrucción militar los domingos por la mañana, *“les ponían a todos un pañuelo y venga, a desfilar por el pueblo. El padre no podía desatender a la familia y el trabajo, y menos los domingos que el bar solía estar hasta los topes. Por librarse de pasar revista tenía que pagar en concepto de multa un garrafón de vino blanco y otro de mistela al que organizaba la instrucción”*.

Murió Franco e instauraron su democracia. Los 80 fueron años convulsos, en lo político y en lo social. Años de plomo y de represión, de redadas y de manifestaciones. Años también de droga dura. El bar estaba arrendado y en la casa tan sólo quedaban Bernardino y Patxi. Padre e hijo bajaban todas las tardes a tomar el café. Eran

parte del decorado del bar. Bernar sentado junto a la ventana, con la vista puesta en la plaza y el farías entre los labios. Patxi en la esquina del barra, al fondo, sentado en el taburete con las piernas cruzadas, con una copa de Soberano o un vaso de sidra en la mano, según la hora. Sobre la barra, envuelto en papel de periódico, tenía su *caldo*, la hierba que plantaba en el caserío y con la que hacía sus cigarrillos.

Estaba prácticamente calvo pero seguía luciendo aquella melena que le hacía inconfundible. Entre batalla y batalla, contaba que la leyenda negra de nuestra supuesta locura por beber agua de la fuente Iturrizoro es falsa. Decía que un día vinieron de excursión los pacientes del hospital de Arrasate y cuando bajaron del autobús –suponemos que con la boca seca y pastosa por los sedantes- fueron todos a refrescarse a la fuente, *“pero ya estaban locos antes de beber”*, insistía levantando el dedo índice, como diciendo ‘mucho ojo a lo que os digan por ahí’.



 Bernardino Igarza, 1980.

🔄 Bernardino y Patxi Igarza, 1980.



🔄 Inundaciones de 1983.

Carlos Santana, Bob Dylan, Janis Joplin. Con quince-dieciséis años, nos colábamos hasta el billar que estaba al fondo del 'Bernar'. Era un billar clásico o francés, (de los de tres bolas), y pasábamos horas y horas allí, viendo hacer carambolas a los mayores y escuchando aquellas canciones que apenas entendíamos. *'De ánsuer mai fren is blougin in de güind'*

Las inundaciones de 1983 en Bilbao fueron dramáticas, pero en Elorrio, especialmente en la plaza y Errekale, también causaron estragos. Vecinos de la plaza recuerdan que la televisión de La Parra salió flotando por la ventana. La misma barra era un gran tablón a la deriva en el interior del bar. Las aguas volvieron a su cauce pero la sidrería quedó inservible, llena de fango. Bernardino decidió que ya no habría más sidra en La Parra. Tras los arreglos oportunos, el 'Siglo XXI' -así se le llamaba en algunas cuadrillas- seguía en marcha.

Más adelante, hubo una época en la que por las tardes el bar lo atendía Ángel, familiar del arrendatario. Fue entonces cuando *Segundo Gobierno*, un grupo de rock del pueblo, compuso la canción "Tristón saca otra jarra", en homenaje a aquel buen señor, de cara realmente triste, que se las arreglaba para sacar potes a los txikiteros, pero que se volvía loco con los jóvenes, tanto pedirle cervezas y hacerle trampas en la máquina de los petacos o el fútbolín.

Las noches de los fines de semana el bar se transformaba por completo. La Parra fue nuestra *escuela de calor*. Radio Futura, Las Ruedas, Polanski y el ardor, Gabinete Caligari. "No hay como el calor del amor en un bar". Uno de aquellos años en plena Semana Santa se organizó una *fiesta mora*. La Parra era una jaima. La *peña* bajó disfrazada con túnicas y turbantes. Fuera, la procesión nocturna daba su vuelta habitual por el pórtico de la

Primeros años 90.



iglesia. Hubo algún momento de tensión pero la polémica, -¡Alá es grande!-, no pasó a mayores.

En 1988, con veintitrés años, Txaber Igarza firmó el contrato de alquiler del bar con su abuelo que fallecería pocas semanas después, a los 94 años de edad. Bernardino fumó todos los días de su vida, todos menos el último. Mari, la hermana mayor, fue la que se percató "¡Qué raro que el padre hoy no haya fumado el puro. A este le pasa algo!", comentó en casa. Murió al día siguiente con los trabajos hechos. "Su abuelo estaría orgulloso" son palabras de la tía Carmen.

Cuando Txaber cogió La Parra aquella se convirtió en nuestra verdadera casa. La de los padres quedó relegada a segunda vivienda. Era el cuartel general para casi todo. Se había ocupado el gaztetxe y la comisión Popular de Cultura protestaba en la calle, y en los plenos,







Patxi y Bernardino Igarza, 1980.

ante la falta de locales y de un proyecto cultural para Erorrio. Alrededor de aquellas grandes mesas de madera, además de gloriosas partidas de mus, se celebraron un montón de reuniones, se escribieron octavillas y fanzines, se hicieron pancartas y paneles.

Fueron los años del punk, de los 'Cica', RIP, Eskorbuto, La Polla Records o Kortatu. Pero no todo era dar saltos y empujarnos unos a otros, la chupa empapada en sudor. También aprendimos a bailar —y a *ligar*— con los 'Tigres del Norte', 'Los Fabulosos Cadillacs' o 'Mano Negra'. Se bebía mucho el *chupito* de Flor de Caña, -un ron 'nika' solidario que a *Canelo* le hubiera encantado-, pero sobre todo cerveza en botellín. Se organizó incluso un campeonato de beber cerveza. ¡Qué fue aquello! Ganó el que partía como gran favorito. Era un crack del botellín. También hubo campeonatos de mus, de parchís, de rana, concursos de 'diapos' veraniegas, proyección de documentales.

Había llegado la era digital y los vinilos, los platos y las agujas de recambio se fueron al cajón. Para ambientar el bar en fiestas del pueblo Txaber grababa música a capricho en cintas de VHS de tres horas de duración en estéreo, lo que garantizaba una calidad excelente. Editarlas requería su tiempo pero la clientela lo agradecía. ACDC, Red Hot Chili Pipers, Spin Doctors, Hertzainak, The Clash... Txaber *pinchaba* las cintas en dos reproductores y no había excusa para dejar de bailar.

En carnavales, la juerga en el pueblo se limitaba a los sábados. Los martes era todo más relajado... hasta que La Parra comenzó a disfrazar el bar y a organizar conciertos en directo. Kaxiano y su acordeón, los metaleros Urtz, Tapia eta Leturia en su versión más punki, Potato y el rula rula rula, Los Huajalotes insumisos, Gozategi, Ehun kilo, Exkixu... ¡Sardui era un chavalín pero ya apuntaba maneras!





Remodelación del año 2000.



Bernardino, 1980.



En el año 2000, ante la decisión familiar de poner en venta el inmueble, Txaber tenía la última palabra. Pidió crédito y compró el palacio Urkizu a las Igarza. Reformó el edificio al completo, vendió los pisos a amigos y familiares a precio de coste y pudo así reabrir (ya sin el castellanizante artículo 'la') Parra taberna en 2001. Comenzaba el nuevo milenio.

Del viejo bar de Bernardino quedan hoy la barra, el botellero de cerezo que sostiene rones, güisquis y ginebras y, expuesto, el soberbio molinillo de café *Philadelphia Enterprise USA* fabricado a finales del XIX. Queda eso y el espíritu y la filosofía de la vieja tasca. Porque si algo distingue y valoriza esta taberna es su aportación al pueblo de muy distintas maneras.

Ni la guerra del 36, ni la posguerra, ni las aguas del 83, ni la crisis de los 90, ni las legislaciones hosteleras, ni siquiera la subida de impuestos o la ley *anti-tabaco* pudieron con ella. Parra Taberna ha sabido rehacerse, renovarse y ser vanguardia, con un único propósito: servir al pueblo con la mejor atención.

La saga de los Buendía duró cien años y con ella desapareció Macondo. La parra que plantó Bernardino la destrozó un camión en los años noventa pero Parra taberna, -la casa del padre, que diría Aresti-, sigue y seguirá en pie mientras exista un pueblo llamado Elorrio.